

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

párroco del mundo

LA conmoción producida en el mundo entero por el fallecimiento del Papa Juan XXIII ha dado idea de la inmensa popularidad que, en el corto lapso de cuatro años, había obtenido ese anciano, poco antes totalmente desconocido como figura pública en el mundo. Es tarde ya para que nosotros añadámos una línea a la semblanza que toda la prensa, y los órganos informativos de todo orden, han difundido de su figura, con los pormenores más sustanciales de su espíritu sencillo, de su carácter, de su agudeza e inteligencia, en la postura en que él se había propuesto al ser elevado al Solio pontificio: «Buen pastor para todo el rebaño». A las exequias innumerable que le han sido tributadas será imposible añadir una palabra más. Lo más conmovedor, y sin duda lo más ejemplar de su breve pontificado, habrá sido, aparte de su humanidad entrañable, la conciencia que parecía tener del tiempo en que vivimos. Por un lado, del tiempo considerado como una entidad singular, sinónima de la época, para la cual, al servicio de la cual trazo unas premisas excepcionales, un cuadro sinóptico de realidades que la Iglesia de Cristo debía debatir y realizar justamente en el día de las veloces transformaciones, de los hallazgos de todo orden, de las investigaciones y también de los grandes peligros; pero tuvo igualmente la noción del tiempo en lo efímero de su mandato, hasta el punto de que la última de sus Encíclicas, memorable documento, eficiente, abnegada palabra de paz, vio la luz poco antes de su muerte. Esta encíclica, «*Pacem in terris*», y la anterior a ella, «*Mater et Magistra*», bastarían para justificar y enaltecer un Pontificado. Mas por encima de todo ello estaba la condición inolvidable de su humanidad. En estos días, en que hemos tenido ocasión de recordarla a través de los noticiarios y de la televisión, hemos revivido, nosotros y el mundo entero, la excepcional maestría de ése a quien se ha llamado, justamente, «párroco del mundo», y que fue tenido, como se ha repetido insistentemente, por un «Papa de transición».

Vivimos ahora el periodo que la Iglesia denomina de «sede vacante», y el mundo se dispone a asistir a la elección del nuevo pontífice. La consagración de Juan XXIII es todavía tan reciente que la ocasión se presta a consideraciones no siempre relacionadas con el contenido espiritual del acontecimiento. El propio Juan XXIII dictó, durante su mandato, una serie de disposiciones encaminadas a simplificar —o a purificar— ceremonia tan trascendente. La «fumata blanca» o la «fumata nera» que indican el término de cada escrutinio no pasaban de ser, hace cien años, en las elecciones de Pío IX o León XIII, pongamos por caso, tributo de costumbre y de localidad. Mas los enormes medios de proyección de los sucesos y el eco que ellos consiguen universalmente, difunden y pregonan el grave acontecimiento hoy día de modo excepcional. Si a ello añadimos que la gente —la gente usual, el hombre de la calle— se ha familiarizado con antelación respecto de los miembros del Consistorio, recuerda y hasta «elige», a su manera, la figura de los posibles sucesores de San Pedro, nos hallamos con que el acontecimiento máximo de la Iglesia en la tierra

adquiere una universalidad externa, propicia a que el contenido de su catolicidad se expanda también en lo íntimo y espiritual. En la materialidad misma de la elección, naturalmente con la intervención de los seres humanos que asisten al Cónclave, el Espíritu Santo ha tenido a veces que sorprender a los propios cardenales. «Non sono papabile», decía el cardenal Sarto antes de ser elegido Pío X. Y según todas las luces humanas no lo era, verdaderamente, puesto que añadía: «Non parlo que l'italiano.» Pero fue uno de los grandes pontífices de esta Era, elevado hoy a los altares.

La elección del nuevo Pontífice irá, esta vez, marcada por los acontecimientos novedosos y extraordinarios que ha dejado en suspenso el óbito del Papa Roncalli y, singularmente, por la disyuntiva que se planteará al nuevo Pontífice respecto del Concilio que, como es sabido, no sería, en su convocatoria, continuación del anterior. Concorre, además, la circunstancia, en la presente ocasión, de que el número de cardenales se eleva a ochenta y dos, treinta más, por tanto, que en el Consistorio de 1958. Hay hoy, en Roma, purpurados de todos los continentes y de todas las razas, y la temperatura de unidad y universalidad cristiana que creó Juan XXIII en su corto mandato hace incluso difícil considerar que el nuevo Pontífice deba ser forzosamente —como es tradición— un italiano. El Cónclave que se reunirá en Roma la semana próxima determinará, con su elección, los trazos del gobierno y de la dirección eclesiástica y espiritual del mundo católico, quizá para un futuro que sea más extenso que la propia vida del Pontífice que elija, aun en el supuesto —del que creemos participa el hombre de la calle— de que se decida por la elección de un Papa relativamente joven.

sede vacante

Mas antes de la concentración de purpurados en Roma, para la elección de nuevo Pontífice, ¡qué real sensación de «sede vacante» nos deja la muerte del Papa Roncalli! Reunía verdaderamente todas las condiciones necesarias para el gobierno eclesiástico, con la dulzura, la templanza, el increíble sentido del humor de que hacía gracia en sus

frecuentes contactos con el pueblo, y de ahí —y también de la necesidad en que se halla el mundo de contar con padrinos bondadosos— el vacío grande que deja y la tristeza que ha producido su desaparición.

En este sentido, sin embargo, no nos parece baldío el calificativo con que quiso designarse al principio de su Pontificado: «Papa de transición». Pero, ¡qué transición! El enfoque de su doctrina social, semejante al realizado por León XIII en su tiempo —aunque entonces menos comprendido, menos atendido por un mundo confuso— lega a su sucesor una enorme y anchurosa perspectiva, de acuerdo con la grandeza de los instrumentos de la época. Su franca, intrépida, frontal sugerencia sobre los principios en que deba basarse la paz, fruto del hombre y don de Dios, también imprime un signo indeleble a los años futuros del Pontificado, porque la adhesión de los hombres de buena voluntad ha sido unánime en todo el mundo. Finalmente, la extraordinaria, santa ambición de la convocatoria del Concilio Ecuménico, signo espiritual de la corriente de los tiempos, daría fuerza a una acción apostólica de un alcance excepcional. Los contactos ya establecidos —por arduos y espinosos problemas que, sin duda, se planteen en los temas propuestos— demuestran una tendencia clara a la unidad y al universalismo, un empeño sugerido del debate sobre las más profundas cuestiones que afectan no sólo a los creyentes, sino a los simples conscientes, a todos los hombres de conciencia.

Juan XXIII ha sido, en este aspecto, Papa de transición; pero la figura del grande y santo hombre desaparece para dar paso a la obra que no pudo más que limitarse a iniciar. Ninguna de las cuestiones por él fomentadas en los cuatro años de su pontificado es extraña al tiempo en que vivimos; es más, creemos que son la constancia espiritual misma de esta época. En ello radica la enorme autoridad con que cuenta hoy, en un mundo inestable y fraccionado, la Cátedra de Roma. La transición no estaba en la figura —la extraordinaria figura humana— estaba en la transición. A través de Juan XXIII, y en su ininterrumpida sucesión, pueden caer sobre el mundo caudales de prosperidad del espíritu y de conciliación —de caridad— verdadera.

¿quién será? ¿Quién será el nuevo Papa?

Y la gente lee los periódicos con avidez, profana en cierto modo disculpablemente la trascendencia que ello tiene, en función de una curiosidad humana y terrena muy disculpable y hasta muy comprensible. Nosotros también tenemos nuestra propia inclinación, nuestra modesta y singular preferencia. Naturalmente que esta opción u opinión son tema del día, entre otras razones porque no hay que olvidar que el Vicario de Cristo es también, aunque suplementariamente, un Jefe de Es-

tado, de un Estado diminuto pero en el que radica la Piedra original de la cristiandad. Por tanto, podemos —¿por qué no?— discutir, deliberar, apuntar nuestra candidatura. Estaríamos incluso dispuestos a dejarla escrita en un papel, en el día de hoy, para compulsarla después del Cónclave. Todo el mundo tiene su candidato. Mas luego vendrá el Sacro Colegio Cardenalicio y, a solas con la conciencia, en el recogimiento, en la gravedad, nos dará la «fumata nera» una vez y otra y luego la «fumata blanca», exhalación misma del Espíritu Santo y decisión definitiva.